

Carlos RAFAEL RODRÍGUEZ*

En mi criterio el futuro desarrollo de América Latina depende de su ineluctable futuro revolucionario. No hay otra alternativa. Para evadirla o encubrirla, los partidarios del *statuo quo* y los reformistas de todo perfil —aquellos que lo mismo se aferran a la Alianza para el Progreso que al Informe Rockefeller— fingen esperanzarse con algunas cifras que muestran el incremento temporal del producto bruto —y hasta del ingreso *per capita*— en ciertos países. Pero esas cifras además de ser intrínsecamente engañosas como bien se sabe, sólo muestran el “crecimiento” de la economía en un período casi siempre breve. Y ha empezado a ser un lugar común que “crecimiento” y *desarrollo*, son hechos económicos diferentes. Toda economía que se desarrolla “crece”; pero no toda economía que “crece” se desarrolla. Porque el desarrollo es un crecimiento acompañado de una determinada formación estructural que le permitirá a la economía crecer de un modo autosostenido y sin otras fluctuaciones que las derivadas del ciclo —en los países capitalistas sometidos a él— o de alteraciones circunstanciales en los países socialistas que por la naturaleza de sus economías están libres de aquél.

Al presentar cualquier aumento en el producto bruto, como un paso hacia el desarrollo, los economistas que actúan como sirvientes ideológicos de los responsables del retraso de América Latina, falsifican la realidad. Hay muchos ejemplos disponibles para explicar la falacia. Así en el caso de Brasil. En el decenio posterior a la Segunda Guerra Mundial el crecimiento acelerado de la economía brasileña se usó como recurso de propaganda sobre las nuevas posibilidades abiertas a América Latina. Tasas de crecimiento de 9.5% anual en el sector industrial que sustituye importaciones y situaciones ventajosas en la coyuntura de precios del café determinaban que el ingreso *per capita* creciera a ritmos que parecían promisorios. Sin embargo la catástrofe no se hizo esperar. Las oscilaciones en el precio del café y el peso abrumador de la deuda externa convirtieron toda aquella apariencia de solidez, en una amenaza de catástrofe. Mientras tanto en todos esos años, pese a que no faltaron periodos en que ocuparan el poder fuerzas menos reaccionarias que los gorilas actuales, la situación de la gran mayoría brasileña permaneció siendo trágica. En cuanto a Perú, la reciente tasa de incremento de su *pb* ha sido espectacular en relación con los decenios anteriores. Pero apenas hay que aclarar que ese cambio se debe casi enteramente a los resultados de la industria

* De la Universidad de La Habana y ministro del gobierno revolucionario de Cuba.

pesquera y que una parte decisiva de esos beneficios no llegó a la nación peruana pues derivó hacia Estados Unidos como utilidades de los inversionistas yanquis en la industria de la pesca. El caso de Chile no fue menos significativo. Los panegiristas del reformismo latinoamericano se lanzaron alborzados a registrar la victoria de la "revolución en libertad" —matizada desde luego con sangre de mineros desde su comienzo mismo— con que la democracia cristiana de Frei pretendía hacer olvidar a los pueblos de América Latina la Revolución Cubana. Pero ese alborozo fue demasiado prematuro. Detrás del salto circunstancial en los índices de crecimiento de la economía chilena, estaba el súbito aumento de los precios del cobre. Muy pronto los factores regresivos permanentes operaron para conducir la experiencia democristiana a una bancarrota sin remedio. En cuanto a México no pretendo descubrir las grietas de su economía a los propios economistas y estudiantes mexicanos.

¿Hay acaso soluciones no revolucionarias?

A estas alturas no es necesario ya demostrar lo que el inolvidable Ernesto *Che* Guevara pronosticó hace ocho años en Punta del Este. Ningún programa de "ayuda" al desarrollo latinoamericano puede tener su pivote en el centro imperialista de EUA. Lo que en Kennedy fue una promesa insuflada de retórica, pasa a ser en Rockefeller y Nixon un frío cálculo financiero. La "ayuda" irreal se convierte ahora en un programa de inversiones rentables.

Más de una vez, al abordar estos problemas del desarrollo latinoamericano, hemos demostrado que si los países capitalistas desarrollados y en particular EUA, que es su principal mercado, eliminara el intercambio desigual en sus relaciones con América Latina, derribara las preferencias con que defiende sus producciones artificiales que compiten con las de nuestra América y aceptaran el régimen de preferencias no recíprocas para los países en desarrollo, con ello disminuiría considerablemente la necesidad de financiamiento exterior que hoy es tan apremiante y que nunca ha sido satisfecha. Pero la reunión del CIES en Caracas acaba de demostrar cómo el discurso de Nixon sobre estos tópicos tiene tan poca vigencia real como las sugestivas e incumplidas promesas de la Alianza. Y no podría ser de otra manera. A la larga habrá concesiones menores porque a los imperialistas no les queda otro remedio frente a un mundo que se les escapa y los resiste. Pero es obvio que la que Nixon se propone en realidad es incrementar las inversiones norteamericanas en el continente. Y ya hasta el Informe Pearson ha puesto de relieve el saldo negativo que éstas dejan. Por eso también en el terreno del comercio y las relaciones financieras internacionales, para que América Latina esté en capacidad

de defenderse y reclamar en lucha unida sus derechos hace falta, previamente, la revolución que hemos postulado como inevitable.

Sólo ella introducirá los cambios estructurales necesarios, producirá la distribución equitativa del ingreso y permitirá a un estado popular fuerte, manejar de modo centralizado la acumulación lograda tanto de las expropiaciones contra los antiguos expoliadores, como del sacrificio temporal del propio pueblo.

Esto último es sobremanera importante. La historia ha confirmado —desde el inicial ejemplo soviético hasta Cuba— que para realizar el salto que nos separa del desarrollo pleno, hace falta un tremendo esfuerzo que impone sacrificios, transitorios pero duros, al pueblo. Y éste no los hará jamás en beneficio de minorías más o menos oligárquicas, aunque se trate de "capitalistas progresistas", fauna siempre anunciada y nunca vista. ¿Cómo sería posible realizar la emocionante movilización nacional para la zafra de los 10 millones que estremece hoy los cañaverales cubanos si no fuera en medio de una revolución auténticamente popular?

Las formas y medios por los cuales llegará a los países latinoamericanos esa revolución, no nos corresponde examinarlos aquí. Pero puesto que se indaga mi criterio sobre el futuro desarrollo latinoamericano y lo he condicionado a las realizaciones revolucionarias, debo concluir afirmando mi seguridad en ellas. Basta con mirar lo que ocurre ahora en Perú y en otras zonas para comprender que esa revolución que los gringos creyeron haber matado al asesinar al *Che* pugna por manifestarse en muy diversas maneras. Cualquiera que sea el modo en que se inicie, tendrá que transformarse inexorablemente —para persistir y triunfar de manera definitiva— en una profunda revolución popular, que lleve a la práctica los grandes cambios sociales de que América Latina está urgida. Porque, como acaba de señalar Fidel, el camino del desarrollo pasa en nuestra época por el socialismo.

La Habana, febrero de 1970.